

MIGUEL DE CERVANTES, *Poesías*, Edición, introducción y selección de Adrián J. Sáez, Madrid, Ediciones Cátedra, 2016, 483 págs.

Los cuatro centenarios que se suceden desde 2013 en torno a la figura de Miguel de Cervantes han sido el génesis de una cantidad ingente de estudios y ediciones de su obra. Sin embargo, la gran productividad de los distintos investigadores e instituciones se ha visto respaldada por un deseo común y unánime de abordar cuestiones relevantes para el cervantismo y de realizar trabajos de extrema calidad. Una de estas publicaciones es la reciente edición de las *Poesías* de Cervantes realizada por el doctor Adrián J. Sáez para la editorial Cátedra.

En ella se incluyen el conjunto de poesías que nuestro autor escribió como textos autónomos y aquellas que incluyó en el conjunto de sus diferentes obras, lo que ha exigido una labor ardua de recopilación y si cabe decirlo de autenticación por parte del editor, pues la tarea de identificar qué obras son de Cervantes y cuáles no de todas las a él atribuidas conlleva una gran responsabilidad. En el estudio preliminar se aborda esta cuestión y muchas otras que serán importantes para el análisis y la comprensión total del corpus escogido.

Sáez comienza la «Introducción» con el apartado «La “gracia del cielo” y otras fintas», donde plantea los principales hándicaps que la lírica cervantina ha afrontado desde su creación hasta nuestros días. Él explica con claridad la gran confrontación que el autor vivió entre su deseo de ser un poeta reconocido y su falta de interés por adecuarse a la moda lírica de su época. Para lo que realiza un hábil retrato sobre el entorno literario de los siglos XVI y XVII, momentos de agitación social e histórica que afectaron a la biografía de Cervantes y a su modo de relacionarse con los demás. Su carencia en el cultivo de buenas aptitudes sociales le granjearon la exclusión de las principales antologías poéticas de su tiempo, como *Flores de poetas ilustres* (1605). Sin embargo, como bien se anota, el desprecio de sus colegas y competidores en el arte de la escritura no coincidieron necesariamente con el juicio del público.

El editor sitúa la poesía del autor entre dos periodos y tendencias poéticas: la fórmula de Garcilaso y la revolución Gongorina. Aunque no se afilia por completo a ninguna, sí consigue dominar formas

castellanas e italianas y de hecho puede ser considerado el representante del ovillejo. Se añade además que su actividad poética fue mayor de la registrada y está comprobado que no sólo cultivó poesía culta y tradicional, también participó en el romancero nuevo.

Sáez estructura su producción siguiendo su biografía y dividiéndola en cuatro apartados: los poemas iniciales (1567-1569), los de cautiverio (1575-1595), heroicos y burlescos (1596-1605) y de madurez, donde incluye el *Viaje al Parnaso* (1614) y los poemas insertos en su obras narrativas y teatrales. En torno a esto analiza los principales versos partiendo de varias premisas: primeramente, que el lugar que ocupó la poesía en Cervantes fue principal y no secundario, pues ser poeta era su máxima aspiración; en segunda instancia afirma que el valor de su producción poética no puede medirse por el juicio de sus contemporáneos, sino por su valor intrínseco y finalmente mantiene la necesidad de ser conscientes de la constante presencia del juego, la ironía y lo socarrón en su obra.

El editor da paso aquí al segundo apartado: «Un ramillete de poemas amigos», en el que establece una división de los poemas cervantinos en siete categorías según la función y el tema del corpus conocido.

El primero está referido a los textos encomiásticos y funerarios, y destaca la fuerza de la circunstancia que combina bien con su habitual gusto burlesco en los sonetos de los preliminares del *Jardín espiritual* (núms. 9, 11-12 y 17). También es importante notar el tono escolar de los poemas funerarios dedicados a la familia real bajo el tutelaje del maestro Juan López de Hoyos, en particular la elegía a la muerte de la reina Isabel de Valois en representación de todo el estudio, hecho que muestra la valía poética de Miguel de Cervantes y el reconocimiento que su labor obtuvo en un inicio. Los cuatro poemas que lo componen son analizados exhaustivamente por Sáez mostrando el manejo de nuestro autor en la variedad de metros y recursos poéticos. Además, resalta que estos textos serán el germen del modelo de poema funeral cervantino, como los epitafios burlescos que cierran el primer *Quijote*.

La segunda clasificación alude a los poemas paratextuales, entre los que se encuentran los poemas laudatorios, divididos a su vez en cinco grupos. Para esclarecer la interpretación de los poemas que conforman este apartado, el editor realiza una conexión inequívoca entre los textos y las relaciones sociales del autor, que oscilan desde su cautiverio en Argel (1575) hasta la publicación de distintas poesías

de 1613 a 1616. Entre ellas destacan la *Epístola a Mateo Vázquez* en el marco de su estancia en Italia en la contienda bélica hacia 1574 y las octavas que dedicó a Antonio Veneziano para su cancionero amoroso *La Celia*.

Sáez pone de manera específica el acento sobre los sonetos en elogio a la obra de Lope entre 1596 y 1602, un texto sin duda interesante que pertenece a un momento en el que las relaciones entre ambos literatos no eran desabridas. También desgrana los intentos de Cervantes por hacerse un lugar en la corte a través de las relaciones personales con hombres ligados a la actividad editorial. En especial se menciona su amistad con los poetas Padilla, López Maldonado y Laínez, a quienes dedica poemas. No obstante, lo más llamativo son los poemas dedicados a Alonso de Barros, Francisco Díaz (Médico real) y Mosquera de Figueroa, los tres bien situados en la corte, de cuyo favor podría extraer grandes beneficio. Sin embargo, los esfuerzos del poeta por ensalzar la figura y la obra de amigos y conocidos no fueron satisfactorios, dado que no recogió los frutos deseados.

En tercer lugar están las poesías ocasionales, como las canciones a la Gran Armada contra Inglaterra (núms. 19-20). Le siguen las de carácter religioso, entre las que destacan el soneto “A san Francisco” (núm. 13), la glosa a san Jacinto (“El cielo a la Iglesia ofrece”, núm. 22), y la canción “A los éxtasis de nuestra Bendita Madre Teresa” (núm. 32). Una triada poética que según se nos indica estaría conectada al movimiento descalzo, que proponía una variante de religiosidad reformada que revela una elección religioso-política de nuestro autor ligada al partido “papista”.

El quinto apartado lo configuran las poesías burlescas, representada por el *Viaje al Parnaso*, pero no es el único, también el soneto “A la entrada del Duque de Medina en Cádiz” (núm. 26), sobre el saqueo de Cádiz, un conflicto social de bastante importancia.

El sexto es un romance suelto, que encuentra algo olvidado, “La morada de los celos” (núm. 21), de temática pastoril con sentido alegórico que representa la advertencia contra los celos.

Por último, encontramos la *Epístola a Mateo Vázquez*, un texto que, a la vez que nos deleita con su valor poético, supone un documento importante sobre la vida de Cervantes, ya que ofrece los datos de la *Información de Argel* (1580) y el memorial de servicios al rey (1590). En torno a ella Sáez realiza un estado de la cuestión sobre

su composición y aparición, las influencias literarias que aúna, su estructura y la finalidad de nuestro autor al respecto.

Se cierra este apartado con una percepción agrisulce de la lírica cervantina, pues, a pesar de intentar que sus poesías sueltas alcanzasen un lugar literario, político y social en la sociedad áurea, los obstáculos con los que se encuentran tornan sus versos de gran crítica y cierto aire de burla. Un matiz que los hace singulares, pero que revelan la insatisfacción vital que sufría.

Tras la organización y el análisis de los textos que el volumen contiene, Sáez dedica un apartado al canon y la sátira. Se trata de un tema interesante y necesario que nos ayuda a comprender cuál era el canon poético de nuestro autor. Aquí se desgrana poema a poema qué pensaba Cervantes de sus contemporáneos, a cuáles consideraba buenos poetas de su tiempo, a cuáles no y lo que es más significativo, si las rencillas personales influyeron su juicio o si fue capaz de crear criterios objetivos en pro de la buena poesía.

De este modo se nos muestra cómo en *La Galatea*, el «Canto a Caliope» encierra un listado poético sin orden jerárquico, que permite dejar el dictamen de cada poeta abierto a la elección general y limita el canon a los autores vivos, entre los que cuenta a Laínez, un poeta de su tiempo, ya fallecido para el momento de la escritura de la obra. Su intención es dignificar a sus contemporáneos como parte de una generación gloriosa para la poesía. No obstante, sí establece de forma sutil una separación en diez secciones que coinciden con las divisiones de los grupos poéticos principales establecidos a lo largo de la historia de la poesía española. Destaca significativamente el grupo de poetas-soldados, entre los que se encuentra él mismo, lo que supone una dignificación de su obra.

En el *Viaje del Parnaso* también encontramos varios objetivos del autor fuera de la mera composición poética, como la intencionalidad de ofrecer un panorama actualizado de la poesía española coetánea en un momento de crisis y renovación; la autovaloración y construcción de una imagen autorial en el campo literario frente a la marginación que él mismo había sufrido, y el deseo de expresar su desaprobación hacia los Argensola, por no haber formado parte de la corte cultural que acompañaba al conde de Lemos en su virreinato de Nápoles. Además, de los dieciséis poetas que significativamente repiten mención, el trío de Góngora, Quevedo y Espinel son los únicos alabados por Apolo, alter ego del poeta, mientras que a Lope lo sitúa en una posición muy desfavorecida.

También tiene críticas constantes hacia los Argensola, pero no desprestigia su talento, lo que deja clara su opinión personal sobre la calidad moral y la valía de la creación literaria. Sáez concluye que este texto debe ser entendido como “una obra de escritor sobre escritores y para escritores” (57), y como tal cobra mayor coherencia.

En el cuarto apartado (“Prosas y versos: poesía en novelas (y algo de teatro)”)), enumera las obras que contienen poemas e indica el grado de autonomía y perfección de los mismos. Comienza por *La Galatea*, la cual aúna una veintena de sonetos; le siguen los dos *Quijotes*, en los que destacan los preliminares burlescos, los poemas académicos de Argamasilla y la “Canción desesperada de Grisóstomo” (I, XIV). Con respecto a la segunda parte, los poemas más relevantes son el soneto “Píramo y Tisbe” (II, XVIII) y el duelo poético entre Altisidora y Don Quijote (II, ILIV a II, LXIX). Las *Novelas Ejemplares*, por su parte, cuentan con un número de poemas bastante inferior al resto de obras, pues tan solo incluyen versos en *La gitanilla*, *Rinconete* y *Cortadillo*, *La ilustre fregona*, *El celoso extremeño* y *El coloquio de los perros*. A pesar de la riqueza lírica de los poemas insertos, lo cierto es que el porcentaje es demasiado pequeño, ya que, de las trece novelas, apenas cinco guardan un lugar para este género. También hay poemas en el *Persiles*, una serie de sonetos y una canción. En las comedias y tragedias se da una preferencia por el soneto en el tema amoroso, que se hace evidente en *El laberinto de amor*, *La Casa de los celos* y en *La entretenida* y *El Viaje del Parnaso* al completo.

El quinto apartado incluye una poética de nuestro autor sobre la poesía, su título “Una “doncella pura”: poética cervantina” es revelador, tal y como muestra Sáez el concepto o definición de “poesía”, que puede encontrarse en las referencias que Cervantes hizo al respecto en el resto de sus obras, especialmente en *La gitanilla* y en la segunda parte del *Quijote*, pasajes que cita y analiza extrayendo los conceptos básicos del género para el autor. De ambos textos se extraen diferentes lecciones, pero destaca principalmente una noción muy idílica del oficio literario: la valoración de la esencia poética por su valor intrínseco, alejado del mercantilismo que la rodea y que exige que se subordine el ingenio a los intereses cortesanos.

Merece la pena poner en relieve este concepto, porque, aunque Cervantes se debatió en su obra entre la valía de su ingenio creativo y el cultivo de amistades y géneros que podrían granjearle fama y dinero, la realidad fue que el desengaño y el fracaso en los principales

círculos literarios se apoderaron de su pluma, a la que añadieron un toque burlesco e irónico que marcaron positivamente la diferencia de su producción literaria y la hicieron única.

El sexto apartado supone una declaración de intenciones, muy bien intencionadas, ya que en “Atribuciones (nota de urgencia)”, Sáez nos habla sobre los peligros de editar a un autor de éxito actual y universal como es Cervantes, puesto que las atribuciones a su obra han proliferado desde su muerte, por lo que ha seleccionado con gran cautela el corpus poético, contando únicamente con aquellos poemas cuya paternidad estuviese contrastada. De los que se incluyen en la edición: dos poemas de valentón (núms. 38-39), el soneto “¡Voto a Dios que me espanta esta grandeza!”, una poesía satírico-burlesca de la guerra abierta contra Lope (núm. 40) y otra que adelanta algunos rasgos del *Viaje del Parnaso* (núm. 41). Una selección acertada que denota cautela y respeto por asegurar textos verídicos al lector.

Tras el conjunto de poemas escogidos, el editor incluye un catálogo con una breve nota sobre la biografía y la obra de cada uno de los poetas citados por Cervantes en sus poemas bajo el título “Galería de poetas”, la cual permite al lector visualizar de manera completa el panorama literario de la época y entender mejor el juicio cervantino.

En cuanto al resto de elementos a tener en cuenta en el trabajo editorial, resalta de manera significativa la minuciosidad de las anotaciones que facilitan la comprensión de los poemas sin entorpecer la lectura. También es preciso indicar que se aprecia un perfecto manejo de la bibliografía existente hasta la fecha de publicación, ambos aspectos imprescindibles en una buena edición.

En conclusión, poco puede añadirse sobre este trabajo más allá de que ha llegado en el mejor de los momentos, pues la edición y actualización constante de la obra cervantina es realmente necesaria para la correcta aproximación a los textos literarios. Por ello, se trata de una labor que aúna el tan demandado utilitarismo (“docere”) de toda investigación y la calidad de un trabajo riguroso y bien estructurado, como ha sido el de Sáez, que garantiza a todo lector el placer de la lectura (“delectare”) de la poesía cervantina en las mejores condiciones.

LUCÍA LÓPEZ RUBIO  
*Universidad Complutense de Madrid*